

## Presentación de Bestiaria, Buenos Aires, 24 de Julio de 2008

Por Hernán Casciari

Con la chica de acá nos conocimos, personalmente, hace quince días. La misma mañana que llegué a Buenos Aires fuimos a almorzar a un lugar macrobiótico, o vegetariano, o algo así, elegido por ella. Ni siquiera habíamos hablado nunca por teléfono, solamente por mail y por chat. Un rato antes de encontrarnos la llamé para ver a dónde quedábamos, y la conversación fue horrible. Ella me dijo: tenés voz de gallego. Y yo le dije: tenés voz de concheta. No fue un buen comienzo, pero después mejoró.

Pedimos una ensalada de rúcula con dos pedacitos de telgopor, y para tomar, el jugo de una nuez exprimida. Nuestro mayor problema, hace quince días, no eran nuestros libros que ya estaban en la calle (ni sus respectivas presentaciones en sociedad, ni tampoco si serían bien recibidos por el público y la crítica); nuestro mayor problema era una utópica y desesperada necesidad de adelgazar pronto. Empezaría, para nosotros, un largo periplo de fotos y flashes, y mucha gente que nos lee, nos vería por primera vez.

La primera vez que nos vimos, entonces, pudimos haber conversado sobre estructuras literarias, sobre nuevos proyectos, o sobre la nueva era de la escritura digital... Pero no. Hablamos únicamente del mayor problema del hombre moderno: la papada. Cómo deshacerse de una papada en las fotos.

Con Carolina Aguirre me pasa, desde hace ya bastante tiempo, algo muy raro que tiene que ver con las coincidencias. Algunas son muy evidentes, como por ejemplo publicar el mismo día nuestros libros en el mismo país, dos libros que son frutos de Internet, y que comenzamos a escribir sin grandes expectativas; pero otras coincidencias son más sutiles, más aterradoras, como el problemón que tenemos con las fotografías (que es una forma diplomática de decir que estamos en conflicto con nuestras caras en un papel), o la asquerosidad que nos causa el mundo blog en general y la palabra blogosfera en particular, o haber vivido en San Isidro para la misma época (que al mismo tiempo fue una época desastrosa), o pasar una cantidad inhumana de horas frente al televisor mirando exactamente las mismas cosas. O, incluso, y esto es mitad pedante y mitad enfermizo, el hecho de que cada uno de nosotros sea fan del otro.

Por culpa de esto último, nuestras conversaciones privadas de los últimos tiempos, casi siempre vía el Chat de Gmail, son irreproducibles. Todo es maldad y desprecio hacia la Humanidad. La conversación entre dos fanáticos mutuos es, siempre, una charla impresentable. Es como si un terrorista islámico dialogara con una carga de dinamita. Uno dice: ah, pero qué bien explotás vos, con cuánta fuerza, cuánta desgracia dejás a tu paso. Y la dinamita contesta: pero si vos no apretás el botón, si no te ubicás en un punto estratégico, si no le pusieras ese arte a la masacre, la gente no explotaría. Y así nos pasamos a veces noches enteras, contando muertos y siendo miserables.

Una de las primeras cosas que leí del blog Bestiaria, que después se convirtió en este libro, no fue un texto de Carolina sino un comentario que ella mismo hizo, en respuesta a un lector pesado. Antes ya había leído cosas, y me habían gustado, pero ese comentario me encandiló.

La cosa fue así. Parece que un lector molesto se quejaba de que Carolina le borraba los insultos, y entonces ella le contesta:

Nunca vas a saber con qué criterio borro tus comentarios. Dejé de elucubrar teorías con esa mustia cabecita de criado que tenés. Yo no te borro porque insultes, deficiente. Te borro por grasa, porque tus adjetivos de pibe chorro me dan arcadas. Cuando decís "trola" me aturdís, sonás como todas las cumbias del mundo.

¿No es maravillosa, cada metáfora, no es un lujo? Y sigue así:

Te baldeo, te barro, te desinfecto por vulgar, por ordinario, por groncho, macaco horrible. Tus comentarios de moscardón hacinado pajéandose frenético en internet me dan asco. Salpicás mi blog con tu fracaso. Olés a fracasado. A escritor que no quiere asumir que su novela es mala. A grandulón que vive en el garage de sus padres. A gordito transpirado sin amigos que cuenta chistes malos. A adolescente repugnante con bigote ralo y problemas mentales. A pelotudo con risa fea que la gente ignora en las fiestas. A mediocre con un proyecto idiota abajo del brazo.

Yo leía esto, en Barcelona, a la madrugada, con los ojos muy abiertos, y no podía creer que alguien estuviera haciendo tan buena poesía moderna sin pretensión artística. Y también me enloquecía otro dato, no menor: me encandilaba otra cosa: alguien estaba escribiendo de este modo no en el living de su blog, sino en el patio del fondo. Esto que yo leía no era un post, una entrada, sino un comentario, algo que no ve todo el mundo, algo que nunca está en la página de inicio.

Te borro por analfabeto. Te borro porque contaminás mi blog con tu ignorancia. Porque me da asco como usás los signos de admiración y los puntos suspensivos. Porque tu blog es mediocre y me da miedo que alguien piense que lo leo. Porque me hacés acordar a los enfermos del borda que piden cigarrillos y se tocan el pito en la entrada del loquero. Te borro porque solamente servís para eso: para ser borrado, ignorado, marginado, repudiado. La gente no te odia, no le das miedo. A la gente le das vergüenza.

Y así acababa el poema. Uno de los mejores textos de estos tiempos, dedicado al personaje más insistente del nuevo siglo. Al troll. La más reciente versión del pelotudo. El tipo que provocó ese poema de Carolina fue, posiblemente, sin querer, el que me la presentó. Porque yo, después de leer ese poema, me leí Bestiaria de punta a punta. Y también quise conocer a la autora, y nos hicimos amigos, y más tarde ella me pidió que prologara su libro, y me invitó a estar acá.

Yo estoy convencido, además, de que ese troll, ese zángano virtual, está acá esta tarde, en esta librería, y que está escuchando esto. Con toda seguridad. Él sabe quién es, nadie más lo sabe. Pero está acá seguro.

Por eso, y con mi mayor humildad, le quiero dar las gracias por la parte que le toca en ese poema, por ser musa involuntaria, por ser celestina entre Carolina Aguirre y yo. Hay gente que es tan, pero tan mediocre, que hasta cuando pretende hacer el mal es incapaz, y solamente le salen, sin querer, las cosas bien. Gracias troll, después (a la salida) Carolina te firma el libro.

Una de las grandes virtudes de la autora de este libro tiene que ver con la capacidad de descubrir faunas. En "Bestiaria" las homenajeadas fueron las mujeres, ciertas mujeres,

pero Carolina no agota su capacidad de observación en el sexo femenino. Lo hace con todo el mundo, y sin darse cuenta. Enfoca a un grupo y lo disecciona. Le encuentra una lógica al caos. Un día le dije que no me gustaba el sushi, esa porquería japonesa, y me contestó: “Sos la clase de gente a la que le gusta sacar la guitarra en los fogones, por eso no te gusta el sushi”. Parece absurdo, pero es así. Llega a lugares recónditos, imposibles, y son ciertos.

Sospecho que, además del talento para narrar, Carolina absorbió mucho de sus hermanos. Ellos la convirtieron, durante la infancia y la adolescencia, en una varonera. Esto no tiene nada que ver con escribir bien, pero ayuda mucho a la hora de modelar una estructura de pensamiento muy poco femenina. Lo explico al final del prólogo, y quisiera repetirlo hoy para acabar con mi parte en esta presentación. En el prólogo le explico esto a los lectores de mi raza, a los hombres:

Carolina Aguirre vivió, durante larguísima años, espionando a su raza desde múltiples bases de operaciones: los baños de chicas, los gimnasios, las peluquerías, los pijamas partys, las reuniones de avon, las tertulias secretas del feminismo, los vestuarios del colegio, las charlas íntimas de las azafatas. De lejos parecía una más; pero en su carterita, en lugar de pintalabio y colorete, en lugar de panfleto y consolador, llevaba un microscopio y un tubo de ensayo. Las otras nunca se dieron cuenta y bajaron la guardia en su presencia. La dejaron entrar, la dejaron husmear. Le mostraron escondites, le confiaron secretos.

No sabían que era una varonera, ni que estaba escribiendo un libro. Ella se jugó la vida por nosotros... Ahora, es nuestro deber escuchar lo que nos dice.

## Presentación de Bestiaria, San Miguel de Tucumán, 26 de Septiembre de 2008

Por Bernardo Erlich

Un día abrimos la puerta y ahí estaba internet. No sabíamos muy bien de qué se trataba: si iba a ser más beneficioso que la vacuna contra el resfrío o un peligro como los desconocidos que les ofrecen caramelos a los nenes. Pero estaba ahí, y traía bajo el brazo la posibilidad de leer los diarios de Europa, de mandar correos sin movernos de casa, de pispear fotos de chicas en paños menores que demoraban una eternidad en cargarse con los viejos modems, eras geológicas antes de los torrents o el mp3.

Y con internet vinieron los blogs. ¿Qué son los blogs? Los blogs o weblogs son unos diarios íntimos abiertos al ojo de todo el mundo donde las adolescentes cuentan que se sienten remal porque fulanito las dejó por la traidora de la amiga; las señoras se quejan en línea de que el calefón no les anda y están frente al teclado tiritando; los cerebritos acopian datos sobre tecnología digital, y todo el mundo puede dejar su comentario protegido por un apodo o nickname. O digámoslo bien: eso eran los blogs. Y lo eran antes de que un puñado de audaces los utilizaran para algo más básico y primordial: escribir. Escribir lo tuyo ahora, ya, y que el lector ahora, ya, pudiera leerlo y opinar. Era el territorio perfecto para practicar literatura, hasta que aparecieron los trolls.

Los trolls son la pesadilla de cualquier ciudadano más o menos civilizado que hace parte de su vida en internet. Igual que los que te vuelcan basura en la puerta de tu casa, tocan el timbre y salen corriendo, un troll suele ser una persona con mucho tiempo libre y aún más desequilibrios emocionales que elige la página de alguien y se dedica a jorobarlo con comentarios ofensivos de aquí a la eternidad. No hay remedio contra esa plaga y el consenso general aconseja matarlos con la indiferencia. Pero el consenso general, como la mesa de enlace del campo, no tuvo en cuenta la ira desbocada de una mujer. Una mujer que, harta de borrar insultos en su página, decidió hacer justicia por mano propia con su insistente parásito personal:

*Nunca vas a saber con qué criterio borro tus comments. Dejé de elucubrar teorías con esa mustia cabecita de criado que tenés. Yo no te borro porque insultes, deficiente. Te borro por grasa, porque tus adjetivos de pibe chorro me dan arcadas. Cuando decís "trola" me aturdís, sonás como todas las cumbias del mundo. Te baldeo, te barro, te desinfecto por vulgar, por ordinario, por groncho, macaco horrible. Tus comentarios de moscardón hacinado pajéandose frenéticamente en internet me dan asco. Salpicás mi blog con tu fracaso. Olés a fracasado. A escritor que no quiere asumir que su novela es mala. A grandulón que vive en el garage de sus padres. A gordito transpirado sin amigos que cuenta chistes malos. A adolescente repugnante con bigote ralo y problemas mentales. A pelotudo con risa fea que la gente ignora en las fiestas. A mediocre con un proyecto idiota bajo el brazo.*

*Te saco de mi blog por analfabeto, porque decís "creme roule" e inventás faltas de ortografía para disimular las reales. Te saco porque crees que "creme bruleé" es elegante, champignon horrible que sólo comés en El palacio de la fritura "porque te tratan como un rey". Te borro porque contaminás mi blog con tu ignorancia. Porque me da asco como usás los signos de admiración y los puntos suspensivos. Porque tu blog es mediocre y me da miedo que alguien piense que lo leo. Porque me hacés acordar a los enfermos del borda que piden cigarrillos y se tocan el pito en la entrada del loquero. Te*

*borro porque sólo servís para eso: para ser borrado, ignorado, marginado, repudiado. La gente no te odia, ni le das miedo. A la gente le das vergüenza.*

Y así conocimos a Bestiaria. Antes de que fuera libro y antes de saber que era esta señora que tengo al lado y ahora me odia en silencio por leer en público la anécdota del troll.

Pero ya desde ese texto Carolina demostraba tres cosas: que era dueña de una prosa sólida y salvaje; de una mirada aguda y obsesiva, y que podía despertar de modo instantáneo el interés de sus lectores.

¿Y qué es lo que mira Carolina Aguirre, a qué le dedica puntada tras puntada de los textos que borda de misiles? A la mujer.

*Las mujeres tenemos una relación apasionada y tormentosa con la depilación. Por un lado, la vivimos como un sacrificio. Lloramos porque la cera nos quema, porque nos da pereza exfoliarnos o porque consideramos que arrancarse los pelos de raíz es un método de tortura irracional que debió terminar en el Medioevo. Sin embargo, cada vez que un hombre sugiere que dejemos de hacerlo, que nos dejemos crecer los pelos de todo el cuerpo como salvajes, reaccionamos asqueadas y nos negamos rotundamente. Es la cera o la vida. Podría parecer, también, que depilarse es una forma práctica de canalizar nuestra cuota diaria de masoquismo. Sin embargo, esta explicación en apariencia razonable sólo sirve para encubrir el placer morboso y compulsivo que esconde el ritual depilatorio. Las mujeres no nos depilamos ni por masoquistas ni por vanidosas. Nos depilamos porque no podemos parar de hacerlo. Para nosotras, ver el pelo atrapado en esos jirones de cera blanda o capturar un pelo indefenso entre las garras de una pincita justiciera son formas claras de felicidad.*

Es que Bestiaria no se acerca a la mujer para venderle productos Avon o Tupperware, para preguntarle qué jabón en polvo prefiere o para convencerla de que se suscriba al Arte de Tejer o al ParaTí. Tampoco le propone una quema masiva de corpiños o que largue la telenovela y encare un master. Para Bestiaria la mujer es un animal a examinar dentro de su ecosistema, básicamente en su relación con el hombre, ese otro animal.

Carolina Aguirre observa y describe, con un ojo puesto en la literatura y otro en la entomología; escruta a la mujer, toma nota y disecciona sus ceremonias de seducción, sus rituales de apareo, sus cacareos y rugidos, sus astucias a la hora de situarse en la manada.

No son lo mismo, en ese nivel subatómico de análisis, la Michina de las Cañitas que la Michifuzza de Recoleta, la gimnito que la gimuela, la gorda dietera que la gorda negadora, la planta carnívora que la mosquita muerta.

*Yo puedo distinguir el aleteo de una mosquita muerta incluso en la noche más sonora. Puedo ver la empresa detrás del disfraz de amiga, las intenciones de un mail casual, ver a la zorra entrando al gallinero. ¡Son tan evidentes sus torpes artimañas!*

*Las mujeres conocemos el oficio de ser mujer. Antes de que una mosquita empiece a hablar, ya sabemos qué se trae entre manos. Es un olor confuso a camarilla. Una brisa cagadora. No importa cuánto quieran disuadirnos: que tiene novio, que es mi amiga, que vive lejos, que es lesbiana. Nosotras la olemos igual. Como el azufre del diablo o el hedor del pantano. Se huele. Y no son celos, brujería ni paranoia. Sólo vemos lo que ellos no pueden ver: sus asaltos evidentes detrás de sus delicados protocolos, la sensualidad de sus preguntas idiotas, las astillas de su mirada inocente, sus encuentros callejeros premeditados.*

Dos vertientes tiene este libro y dos tonos en su conversación. El más corrosivo se hace cargo del catálogo de mujeres en estado de observación, las pincha con un alfiler, las acomoda una al lado de la otra en la caja vidriada y les pone una tarjeta abajo con el nombre

científico: “La autoloser”, “la gordita híbrida”, “la que sólo tiene novio” “la mayordoma”. El otro es el más peligroso, por la cordialidad con que se nos presenta. Y es en ese registro en el que Aguirre se embarca en una empresa didáctica en pos de la no menor tarea de organizar el mundo. Que la vida deje de ser sólo lo que se nos ofrece y la transformemos en algo que sea más grato merecer.

*La mayoría de los yogures vienen en pack doble. Las hamburguesas se compran de a cuatro, las salchichas de a seis y los huevos por docena. Las invitaciones son para una persona más un acompañante. Los restaurantes ofrecen picadas para dos, tres y cuatro personas, pero nunca para uno solo. Las promociones de entradas al cine son 2 x1. Los autos tienen dos o cuatro puertas. Los precios de los hoteles o paquetes turísticos son siempre en base doble. Y los bares siempre ponen más de una silla en las mesas.*

*Si una no tiene un compañero para ir de vacaciones o para pedir una paella a medias, la vida es muy difícil. Hay un montón de cosas que no se pueden hacer, a no ser que estemos dispuestas a pagar dos veces por algo o a tirar la mitad de todo a la basura. Pero esta fascinación por la base doble no es una campaña para incrementar el índice de natalidad. Es pura maldad. Hoy en día ser soltera es inconveniente y caro para todo el mundo.*

En Bestiaria Carolina Aguirre ha encontrado un punto justo de su escritura. Ese en donde se encuentran el espesor del texto con la ligereza de lo coloquial y, como empleados eficientes, se ponen al servicio de un ojo único. Aguirre es una profiler femenina, tiene inscripto en el ADN el don del identi-kit. A ver: una cosa es la erudición sobre el fenómeno del fundamentalismo; otra la habilidad de detectar terroristas en un aeropuerto.

A mí, como les va a pasar a ustedes, me ha dado mucho placer leer Bestiaria. Primero como blog y ahora como libro, que era su destino natural. No todos los días uno se encuentra con una fuerza de la naturaleza desatada que nos ofrece en un abanico abierto todo lo que ha podido indagar sobre la mujer. Sobre sus misterios, sus obsesiones, sus neurosis, sus manías y tristezas.

Un placer culposo, además, porque me he sentido descubierto también en esas microscópicas miserias con las que Aguirre nos ha mirado igualmente a los varones, de soslayo y sin detenerse demasiado, pero con la seguridad de que podría decir más, bastante más.

En el momento en que leemos esto, hay un grupo de científicos europeos, tratando de reproducir el big bang en un túnel subterráneo que va de Francia a Suiza. Han inventado un aparato complicadísimo que nos va a permitir averiguar cómo funciona el universo.

El día que la ciencia se ocupe de lo que verdaderamente importa, van a desarrollar una máquina igual de compleja para estudiar las relaciones humanas, los arcanos de la soledad, la insondable oscuridad de la pareja. Hasta que eso suceda, este bestiario de seres fabulosos y reales, este viaje a caballo por las mujeres argentinas, bien nos vale como un manual de instrucciones para enfrentarnos al que es – quizás – el más sofisticado sistema operativo.